



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Víctor Montoya • José Luis Vega • Érika Rivera • Gabriel Chávez • E.M.Ciorán • Gonzalo Lema • Tenzim Gyatso
Eduardo Galeano • Fernando Ampuero • Mario Lara • Haydeé Vargas • Miguel Sánchez • Gabriel José Moreno

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 587 Oruro, domingo 22 de noviembre de 2015





Erasmus Zarzuela
"Pintor". Acuarela de 20 x 30 cm

Terror

Desde que empecé a leer libros de terror, no podía conciliar el sueño ni vivir tranquilo; tenía la mente poblada de voces de ultratumba y el cuerpo habitado por el espíritu de quienes encontraron una muerte atroz en circunstancias inverosímiles. Así pasaba los días, sentado en la mecedora de mimbre que había en la última habitación de la casa, hasta que una noche, mientras el cielo se rompía en relámpagos y aguacero, y yo leía un episodio en el que iba a consumarse un nuevo crimen, sentí una mano ruda sobre el hombro, volví la cabeza con vértigo y me enfrenté a la mirada fría de un monstruo que, con un enorme machete en la mano, me partió el cuerpo de un solo tajo.

Víctor Montoya en: *Micro relatos*

Palomas para María Vaquero

Me han pedido una carta, María, y te entrego un poema.
Un poema es una plaza blanca poblada de palomas.
Una plaza cualquiera, con tal que venga gente
que les dé de comer. ¿Recuerdas las sílabas antiguas
sobrevolando el aire de Zocodover? ¿O aquellas
que en la Mayor de Salamanca al frío
corrían a guardarse bajo los soportales?
¿Recuerdas las torcaces de Asturias
y las que en Cuba el viento echó de vuelta al viento?
¿Y el dorado cantón de San Millán?
que abrigó los sonidos cuando apenas
si cañones tenían en las alas?
¿Y las plazas, María, de la Isla, recuerdas,
una plaza ella misma sobre el inquieto mar
de las pronunciaciones? ¿Y el mar muerto del Zócalo
con millones de voces envueltas en sarapes de smog?
Así con las ubicuas picoteras.
En San José comieron de tus manos
en un patio vetusto de hotel; en Managua
se asaron en sus jugos de pobreza; en la Plaza de Mayo,
fricativas, volaron de las bocas de las Madres
rumbo a los mármoles de La Recoleta.
Y en Asunción, con otras también dulces,
arrullaron el sueño de tus nietos.
Palabras son palabras afirmaste,
Pero ellas te contaron de sus marinerías
Hasta colmar el yodo de tu copa
Y dejaron oscuro en tu despacho
El enigma perpetuo del zureo
A por ellas te fuiste en los aviones,
en lanchas, en tartanas, en camiones
repletos de verduras hasta el mar otra vez.
Hoy son ellas que vienen a tu nombre
como al lugar de las conversaciones.
Helas aquí en bandada, las mansas, las ariscas,
las prohibidas, las nuevas y las viejas, las sabias,
las eméritas palabras: plazuela, placita, placeta,
placetuela, pleamar, plaza, poesía,
que las contiene a todas, y tú al centro sentada del poema
echándoles maíz, echándoles borona, mijo, milio,
panizo, zara, capi, canguil, zahfina, abati, echándoles
las doradas pepitas del idioma que amas.

José Luis Vega. Director de la Academia Puertorriqueña
de la Lengua Española



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.



La filosofía de la educación en el Estado Islámico

Erika J. Rivera

El programa educativo del Estado Islámico (ISIS) en el Cercano Oriente y su ideología profunda no son temas que merecen nuestra indiferencia, porque tocan asuntos que han resultado de relevancia mundial. No hay duda que la filosofía de la educación que propaga el ISIS provoca una controvertida perspectiva porque lastima nuestras propias convicciones. Pero el problema se encuentra cuando nos preguntamos ¿Qué modelo de educación es el mejor: el Occidental o el del Estado Islámico? Antes de una respuesta aproximada primero revisemos el plan de estudios del Estado Islámico. En aras de practicar la tolerancia debemos hacer el esfuerzo de conocer al otro antes de juzgar. Para llegar a una conclusión, ejerciendo nuestra libertad y así tomar nuestra propia decisión de cuál nuestra posición respecto a este tema polémico.

De acuerdo a un reportaje titulado *El plan de estudios del Estado Islámico: ni historia ni ciencias pero sí odio a Occidente*, vemos que en los territorios que controla el autodenominado Estado Islámico se presta gran atención a la educación de niños y adolescentes conforme a los estrictos criterios impuestos por los yihadistas. Los radicales decidieron cerrar todas las escuelas gubernamentales para reformar el plan de estudios desde el punto de vista tradicional de la religión musulmana. Mediante un edicto religioso, la organización ha prohibido todas las asignaturas que "infringen la sharia (la ley consuetudinaria islámica) para así acabar con la ignorancia, promover las ciencias de la religión y rechazar los programas de educación corruptos". Cuando los niños de Mosul o Raqqa (Irak y Siria) retornaron al curso escolar en septiembre, se encontraron que asignaturas como Ciencias Naturales o Filosofía y Química habían desaparecido. Tampoco estudiarían asignaturas como Arte y Música. Historia y Geografía, Literatura o la enseñanza de la religión cristiana, ya que infringen la ley islámica. El Estado Islámico también ha anulado en la enseñanza de ciencias todo lo referido a la teoría darwinista de la evolución, ya que "toda la creación se debe a Dios el Altísimo", según ordena el Departamento de Educación de Mosul.

Según un informe publicado en marzo por *Save the Children*, el número de niños matriculados en el sistema público de enseñanza en Siria se había reducido a un 50%, en comparación con la casi totalidad de menores escolarizados antes del inicio de la guerra civil en 2011. El control de la educación se ha convertido así en uno de los principales campos de batalla de los yihadistas. Ordenaron la segregación de los estudiantes por sexo. El ISIS exigió a los profesores que comprometieran su lealtad al autoproclamado califa Abu Bakr al-Baghdadi, que sigan el código de vestimenta islámico y dejen crecer sus barbas. Muchos maestros rechazaron tales demandas y abandonaron sus puestos de trabajo. El gran problema según el reportaje



mencionado al que se enfrentan los niños que viven en el autoproclamado Califato Islámico es que han dejado de aprender a leer y escribir para aprender a luchar y odiar a Occidente.

De acuerdo al especialista Roberto Chambi Calle, el Islam señala la tolerancia religiosa para poder convivir en paz con otros seres humanos. El Sagrado Corán señala en la sura 18, aleya 29: "La verdad procede de Dios; así pues, quien quiera creer que lo haga libremente y quien quiera negarse a creer que no crea". Según el teólogo islámico Asghar Ali: "El Corán ordena a los musulmanes guardar respeto hacia todas las demás religiones, no destruir los templos de ninguna religión y convivir pacíficamente con todos los grupos religiosos, no solo cristianos y judíos sino también paganos".

La palabra Islam se deriva de la raíz árabe "slm" que significa paz, pureza, sumisión y obediencia, en el sentido religioso significa sumisión a la voluntad de Dios y obediencia a Su ley. Hammudah Abdalati, en su libro *Luces sobre el Islam*, nos explica que la sumisión a la buena voluntad de Dios no elimina ni anula la libertad individual. Por el contrario da a la libertad un alto grado con abundancia de medidas. El Islam es un código de vida y comienza siempre con el individuo. Según el Corán el conocimiento real está basado en pruebas y evidencias, adquirido por "experiencia" o por experimentación, meditación, observación. Hombre o mujer deben procurar el conocimiento y buscar la verdad. Cuando el Islam pide la fe en Dios basada en el saber y la investigación, deja abiertas todas las áreas del pensamiento ante el intelecto. No establece ningún tipo de restricción contra el libre pensador que persigue el conocimiento, para así ampliar su visión y ensanchar la mente.

También considero importante mencionar que el sistema educativo contribuyó a los grandes progresos culturales del Islam. En el siglo IX fundó una academia en Bagdad para el estudio de materias seculares y para la traducción de los textos científicos

y filosóficos griegos. En el siglo X, en El Cairo, los califas de la dinastía fatimí establecieron también una institución dedicada a la enseñanza secular, la Universidad al-Azhar, que sigue siendo uno de los centros más importantes de enseñanza del mundo islámico. Los eruditos islámicos medievales hicieron importantes aportaciones a la filosofía, la medicina, la astronomía, las matemáticas y las ciencias naturales. De hecho, desde el siglo IX hasta el siglo XIII la comunidad islámica fue la civilización más fértil del mundo en el ámbito de la cultura.

Contraponiendo a este desarrollo desconocido para muchos de nosotros, existe una mirada desde occidente sobre la problemática de los particularismos que van surgiendo actualmente en gran parte del mundo. Según H.C.F. Mansilla: "En realidad fuera de Europa Occidental y de otras pocas regiones en el mundo, lo predominante a escala mundial ha sido la cultura política del autoritarismo y la tradición constituida por el colectivismo, todo lo cual imposibilitó el surgimiento de una moderna cultura cívica basada en los derechos humanos y, como correlato, en una visión primordialmente individualista de la vida humana. El caso islámico es solo el más llamativo en la actualidad de un predominio enormemente extendido de valores colectivistas, muy popular en el seno de sus propias comunidades por representar una significativa fuerza identificatoria". Los valores de Europa Occidental han fundamentado la dignidad superior del individuo y la concepción de los derechos del Hombre como los conocemos hoy, valores no opuestos, pero diferentes de las orientaciones colectivistas del ámbito islámico.

Por los criterios expuestos, podemos observar que el Islam no tiene nada que ver con el Estado Islámico porque la ideología y la educación de este último están impuestas arbitrariamente y por la violencia. Por lo tanto la filosofía de la educación de ISIS es muy selectiva; basada en un presunto mandato religioso. En sus territorios podemos observar una moralidad religiosa muy con-

vencional con tendencia anti-occidental. Es decir: sin elementos de autocritica. Asimismo percibimos una centralización del plan educativo, una reducción radical del número de alumnos y una segregación femenina. En el plan de estudios de ISIS se establece una educación femenina según roles específicos muy tradicionales que nos llevan a rutinas antiguas, las que han quedado obsoletas en gran parte del mundo. La educación de los varones se establece según roles bélicos-guerreros también muy tradicionales que día a día se ha tratado y se trata de superar en aras de una convivencia pacífica en el planeta. Tenemos como resultado que la filosofía de la educación del Estado Islámico, aplicada a través de su plan de estudios, conduce a elementos satánicos de Occidente, como el secularismo y el pluralismo, que son la fuente de todos los males. Conclusión: hay una preponderancia de ideas simplistas.

Apoyándome en José Ferrater Mora, considero que podemos avizorar una filosofía de la educación con dos teorías radicales y extremas que se enfrentan. Según una hay que dar rienda a la espontaneidad individual, pues de lo contrario la asimilación de los bienes culturales es forzada y, en última medida, contraproducente. Según otra, hay que "conducir" o "educar" al individuo tratando de hacerle asimilar los bienes culturales, inclusive, si es menester, con amenaza o castigos, pues de lo contrario los bienes culturales se asimilan insuficientemente o imperfectamente. La primera teoría ofrece tendencias llamadas "progresistas"; la segunda teoría, tendencias llamadas "tradicionalistas" o "conservadoras". Unos, pues, destacan y fomentan la espontaneidad y libertad; otros, la disciplina y la autoridad.

Siguiendo a H.C.F. Mansilla podemos decir que tratar de entender lo Otro no significa disculpar sus lados oscuros y menos aún justificarlos. Un relativismo cultural de carácter radical nos haría imposible conocer y apreciar otros sistemas culturales y sociales, incluyendo su filosofía y literatura y sus obras de arte. La labor intelectual tiene que ser también el ensayo de traducir fidedignamente de una cultura a otra; la traducción es, como dijo Humberto Eco, la metáfora de una visión tolerante del mundo. Es en este sentido que después de haber explicitado todos los elementos posibles sobre la perspectiva de una filosofía de la educación en el Estado Islámico, es al lector a quien corresponde formarse libremente criterios adecuados y pertinentes sobre la mejor forma de educarse y promover una filosofía de la educación para las generaciones que vienen en aras de un mundo mejor.

Mr. Paganini

* Gabriel Chávez

Al fantasma le pusimos de nombre Paganini, un poco por la leyenda que rodeó al violinista, de quien sus envidiosos contemporáneos dijeron que había suscrito un pacto con el diavolo, y otro poco porque nuestro cohabitante espectral siempre acababa siendo el Paganini, es decir, el que paga las culpas de todo lo misterioso (o de supuestamente misterioso) que sucedía en la casa, sobre todo las pérdidas de música que nos dieron a conocer su presencia y que hicieron que le buscásemos precisamente un nombre 'musical'.

Esas pérdidas de música, por cierto, ocurrieron todo el tiempo que Paganini estuvo con nosotros. En todas las celebraciones familiares grandes o menudas, llegada la hora de los pedidos, cuando Martha reclamaba por un cd (digamos, el de boleros) y yo buscaba –sin encontrarla– un rareza equis (digamos aquel casete con las composiciones de mi abuelo o el vinilo de Antonio Carlos Jobim). Quedaba claro ante nosotros que el fantasma no compartía mis preferencias y más bien se inclinaba por los gustos de Martha, o por su gusto por Martha.

Así, de poco en poco, me fue cabreando y haciendo que perdiera el interés por esta clase de veladas, que al final se convirtieron en largas disquisiciones o chacotas (según el humor de mi mujer y mis cuñadas y sus maridos) sobre las características, origen, viscosidad y supuesta pestilencia del supuesto fantasma, a quien yo ya veía (es un decir) con cara de trago lujurioso o fauno en celo.

Para no darle el gusto, comencé entonces a comprar horas antes de cada cena o fiestita un paquete de compactos o de casetes con la música que 'me gustaría' (espontáneamente) escuchar esa noche.

Gran estrategia. Martha pidiendo el cd de boleros, yo demandando (con falso interés) un casete de María Farandouri, apareciendo rápidamente el primero de manos de mi cuñada número uno y no estando el segundo en la caja del mueble grande y severo de la sala de estar, y yo dale a sugerir entonces que por qué no escucháramos el último Sabina que acababa de comprar esa misma tarde.

Preferible eso al primer Aute, refunfuñaba mi Martha y acababa accediendo a compartir sus boleros con mi españolito, vencido el fantasma que no había tenido tiempo ni forma de ocultar "mi" música por estar recién adquirida y en el bolsillo del saco.

Temí luego que Paganini estropeará el aparato de música, o la unidad de casete, o el cd, según qué formato de música hubiera yo comprado, para evitar



que escucháramos mis adquisiciones, pero no. El trasgo/fauno –o su predilección por Martha– no era para tanto...

Al cabo de un tiempo (unas cuatro o cinco veladas), Paganini se marchó como había venido: silenciosa e invisiblemente. O al menos, eso supimos (supusimos) cuando dejó de perderse "mi" música vieja.

Al cabo de otro tiempo (dos o tres veladas, creo) Martha siguió los pasos de Paganini: se hizo humo, aunque en verdad el fantasma siempre fue humo. Y así yo me quedé solo con los casetes de Farandouri y la vihuela de mi abuelo, y los vinilos de Antonio Carlos Jobim y el último de Sabina (por entonces, *Hotel, dulce hotel*), para oírlos una y otra

vez a mi gusto, sin fantasmas ni conuados ni Martha y sus hermanas. (Eres un egoísta, siempre pensaste en ti, sólo en tus gustos, etc., me dijo al fundamentar su partida aliviadora, aliviadolora).

Entonces sospeché que era Martha quien ocultaba "mi" música y ningún fantasma, simplemente porque estaba harta de mí y de mis gustos. Pero, en una gran celebración privada, la treintaycincoava después de su partida, en el cajón del mueble grande y severo de la sala, entre cientos de casetes y vinilos y unos cuantos cds, apareció una colección triple de un mismo disco, como para que ningún fantasma osara estropear alguno de los componentes del aparato que impediera escuchar alguno de los formatos.

Cinta, *long play* (así se decía, ¿verdad?) y compacto (remasterizado) del concierto de Ella Fitzgerald y Duke Ellington en Estocolmo, 1967. Tema principal, no hace falta decirlo: *Mr. Paganini*.

Guiño de ojo del fantasma; mano subrepticia (fantasmagórica en verdad) de una Martha también guiñadora y regaladora, como explicando que ambos estábamos mejor el uno sin el otro; o guiño de la cuñada número dos, a la que siempre le tuve ganas, el caso es que la colección triple apareció allí y aún ahora me acompaña en cada velada.

Al principio de cada grande o menuda celebración (ya por la doscientosochentava), pregunto en voz alta (como dirigiéndome al fantasma): ¿Y qué quisieran escuchar esta noche? Y mi cuñada. Con voz gruesa de trasgo/fauno lujurioso, desde el flamante sofá-cama de cuerina que ocupa el lugar del mueble severo, responde: *Oh, Mr. Paganini, please play my rhapsody*.

Y entonces Ella comienza a cantar y la casa de llena de su voz en celo. Y el resto no lo cuento. Benditos sean los fantasmas. Y los violinistas. Y los '60 en Estocolmo. Y esta cuñada número dos que sin duda ha hecho un pacto con el diavolo.

Gabriel Chávez Casazola.
Sucre, 1972. Escritor y narrador.

Silogismos sobre la música

Sin Bach, la teología carecería de objeto. La creación sería ficticia, la nada perentoria. Si alguien debe todo a Bach es sin duda Dios.

La música es el refugio de las almas ulceradas por la dicha.

Toda música verdadera nos hace *palpar* el tiempo.

La aspiración del Norte hacia otro cielo, engendró la música alemana –geometría de otoños, alcohol de conceptos, ebriedad metafísica. A la Italia del siglo pasado –feria de sonidos– le faltó la dimensión de la noche, el arte de exprimir las sombras para extraer su esencia. Hay que escoger entre Brahms o el Sol...

Sin el imperialismo del concepto, la música hubiera sustituido a la filosofía: habría sido entonces el paraíso de la evidencia inexpressable, una epidemia de éxtasis.

¿Para qué releer a Platón cuando un saxofón puede hacernos entrever igualmente otro mundo?

Cuando ni siquiera la música es capaz de salvarnos, un puñal brilla en nuestros ojos; ya nada nos sostiene, a no ser la fascinación del crimen.

De algunos andantes de Mozart se desprende una desolación etérea, como un sueño de funerales en otra vida.

Hubo un tiempo en que, no logrando concebir una eternidad que pudiera separarme de Mozart, no temía la muerte. Lo mismo me sucedió con cada músico, con toda la música...

E.M.Cioran. Rumania, 1911-1995.

Escritor y filósofo.



El censo

La vieja asomó su rostro agrio por la ventana del segundo piso. —¿Ya vinieron los del censo? Dijeron que, a más tardar, a las diez de la mañana y son las once, eso dice la radio. ¿A qué hora crees que vengan? —preguntó impaciente a su joven vecino parado en la vereda—. Es una lástima tener que esperarlos en domingo, como si no fuera un día con tanta actividad.

El vecino transpiró levemente ante de contestar: —Ya vinieron, doña Josefina. Ya se fueron, también.

El chillido de la vieja alcanzó varias cuerdas a la redonda: —¿Cómo? ¿Que ya vinieron? ¿Y por qué no entraron por aquí?

—No lo sé —dijo el vecino encogiéndose de hombros—. A mi casa ya entraron y censaron a toda mi familia. Era una pareja de jóvenes universitarios y no tardaron más de diez minutos. Ya se fueron a las otras casas.

La vieja movió la cabeza en el rectángulo de la ventana como un canario atisbando incrédulo por la puerta abierta de la jaula. Se pasaba la vida con una pañoleta amarrada en la cabeza, cubriendo los eternos rulos envueltos en sus pocos cabellos. Su intención era lucir como preparándose para salir a alguna reunión, o para recibir visitas que no llegaban jamás. Cada semana, el señor Sanzate, pedicurista de oficio, le arreglaba meticulosamente las manos y los pies, como si de ello dependiera su felicidad. Y una modista arreglaba sus vestidos, que lucían impecables en el ropero a la espera de algo que no se producía, protegidos por bolsitas de naftalina.

—No puede ser —se quejó—. Entonces ¿para qué los espero?

El vecino la escuchó con pena, luego le dio la espalda e inició un corto paseo por el jardín. Disimuladamente, fue aproximándose a su puerta principal, con notorias intenciones de desaparecer por ella.

La vieja no se lo permitió. —¡Haz, algo, tú! —le dijo, y sacó por la ventana una garra con las uñas largas, rojas y resplandecientes para apuntarlo—. Corre a traerlos por aquí! ¿Qué confianza podemos tener en el censo si no visitan todas las casas? Es un blef, eso es lo que me parece esta campaña. Mi casa es la primera de la cuadra y se la saltan. Daría la impresión de que no les importa. Son unos tontos.

El vecino dubitó. Miró hacia el fondo de la cuadra buscando a alguien, pero las calles y las aceras estaban vacías, salvo por el perro del barrio, que se acercaba al trote, alzando la pata en cada poste de luz.

—He de llamar por teléfono donde los Prudencio —dijo él—, que están al final, para que les recuerden que no han entrado por su casa y que, antes de irse, deben volver y visitarla.

La vieja lo miró con desconfianza. Sus ojos se achinaron y la voz le salió más descompensada que nunca en una sucesión de gallos.

—Sabes que los Prudencio son gente malcriada que le gusta parquear sus carros en mi acera, bajo la sombra de mis paraísos. Ya les

llamé la atención, pero sus hijos siguen haciéndolo, en especial el pecoso, ese Rudy famoso al que de chico yo le regalaba dulces. Es un forajido. Si tú los llamas, lo único que harán será reírse, alegrarse de las cosas que me están pasando. Eso conseguiremos.

El vecino se animó a contradecirla: —Pero es que usted no tiene carro y no debería importarle, doña Josefina. Total, el carro se parquea en la calzada. ¿Acaso le obstaculizan la vereda?

—¡Es lo mismo! —vociferó la vieja—. Se creen que porque soy una mujer sola pueden atropellarme. Entonces, que me parqueen un autobús y yo chitón, porque total no tengo

des, erguido, y de alta posición social en Cochabamba y en Bolivia. Incluso en Buenos Aires, me animaría a decir. Pero no lo hago porque sencillamente no me da la gana, repito. ¿Por qué quieren obligarme a hacerlo? ¿Es que todas las mujeres debemos ser paridoras? Dímelo, tú: ¿todas las mujeres debemos ser paridoras?

El vecino se sorprendió con aquella pregunta. De pronto, sintió deseos de seguir escuchando a la vieja loca de su vecina, así que encendió un cigarrillo y dio cuerda a la charla.

—Las mujeres más inteligentes del mundo no se casaron nunca —dijo. Luego citó de

el cual escapó calle abajo.

—Mi jardín parece un cementerio. Por todos los santos rincones hay huesos enterrados, cacas de perros y gatos, hasta de conejos que trepan o bajan esta colina, amén de las basuras que tus hijos me arrojan cada día. ¿No les puedes enseñar un poco de educación? Me ven y no me saludan. El menor me dice cosas. Lo sé porque el otro se ríe inmediatamente. Tu mujer igual. Quisiera que esto termine de una buena vez, porque estoy al borde de la misma muerte. ¡Tenme un poco de consideración, por el amor de Dios!

El vecino se quedó con el cigarrillo entre los dientes, paralizado y sorprendido. La vieja comenzó a sollozar mientras se persignaba y miraba al cielo esperando una respuesta a semejante calvario que le tocaba vivir.

—Yo no sabía nada de eso —dijo él—. Pierda cuidado, doña Josefina. Llamaré la atención a mis niños para que no vuelva a suceder. Ellos deben guardarle respeto.

Pero la vieja ya era un mar de lágrimas: —Sólo mi santa madre me oía sin burlarse, porque hasta mis hermanas me vuelcan la cara. Son de lo peor. Desde que mi madre se murió, empezó para mí este tormento en la soledad... ¿Qué sabes tú de caminar por las calles apuntada por los dedos difamadores? ¿Qué sabes de vivir estigmatizado? La gente goza humillando a los desamparados. Se los muestra a sus niños y se ríen todos juntos a la hora de las comidas. Mientras tanto, yo como sola y deambulo con las orejas coloradas por mi casa, flotando como un fantasma, pero sabiendo lo que dicen de mí a mis espaldas. ¿Con qué ganas voy a hablar con quién? No tengo confianza con nadie. Un taxista es más amigo que cualquiera de ustedes. Un albañil, un plomero... Cualquiera de ellos es mucho más considerado y respetuoso. No me echan el humo a la cara como tú.

El vecino tragó el humo atorándose, y trató de expirarlo sin que ella lo notara, pese a que estaba parado en la acera, a unos buenos cinco metros de la ventana del segundo piso. Aplastó el cigarrillo con la planta del zapato y sonrió a la vieja.

—He de llamar a alguien para que envíe de vuelta a los censores —dijo con ganas de agradecer—. Nunca sabremos cuántos somos los bolivianos si nos saltamos casa, es verdad.

La vieja ya cerraba la ventana, pero todavía dijo algo más: —No me toman en cuenta. La vida no me toma en cuenta, por eso no me suman. ¡Váyanse todos al infierno, allí los esperaré!

Gonzalo Lema. Tarija, 1959.
Novelista y narrador
De su libro: "Después de ti no hay nada"
(cuentos 1996-2006)



movilidad. ¿Es justo eso? Dímelo. A veces se paran en mi acera y empiezan a discutir a gritos sus cosas y me quitan el sueño. Y siempre me mandan a sus perros para que ensucien en mi jardín. Todos son unos abusivos. No les da vergüenza atropellar a una mujer sola.

—Puedo llamar a los Saavedra, que son parientes suyos y están algo más allá —tentó el vecino.

El pequeño perro llamado Max llegó a ellos batiendo la cola. Rápidamente se metió en el jardín inglés de doña Josefina y empezó a escarbar con las patas delanteras, para sorpresa de ambos.

—¡Fuera, quiltro maldito! —gritó la vieja fuera de sí—. He de terminar envenenándote un día de estos. ¿Lo ves, tú? Hasta estos perros se pasean por mi propiedad sin respetarme ¡Qué desgracia la mía no haberme casado, no tener un hombre, aunque sea viejo, para defenderme de todos! Ven a una mujer sola y ni la escuchan.

El vecino pensó que la vieja se largaría a llorar debido al tono con que se quejaba, pero curiosamente la escuchó chillar aún más fuerte.

—¡No me casé porque no me dio la real gana, jovencito! Ahora mismo podría hacerlo y nada menos que con un Galindo, no con un cualquiera. Un Galindo blanco y de ojos ver-

memoria sin preocuparse de estar errado: Simone de Beauvoir, Inés de la Cruz, Adela Zamudio... Aunque otras más bien se casaron muchas veces: Brigitte Bardot, Lidia Gueiler...

La vieja balanceó el cuello y lo escuchó con los ojos muy achinados, sorprendida y desconfiando de sus palabras. No le gustaba conversar con él, porque sabía que su educación era dudosa y frágil, y que bien podía, llegado el caso, ser un atrevido como el que más, pero no había otro en el momento para ayudarla en su aflicción.

—...tal vez porque eran muy lindas —concluyó el vecino.

—Yo era bella, no sólo linda —cortó la vieja, irritada, batiendo ambas manos en el aire con mucha vehemencia—. Aún me quedan rasgos, piel y buenas maneras, porque es obvio que siempre fui una señorita decente en toda la extensión de la palabra. Decente, no una alegrón de los parques y de los cines como la mayoría. Ningún hombre osó ponerme la mano, lo sabe Dios. ¡Fuera, perro infeliz! Ni siquiera este animal me respeta.

Max detuvo su trabajo un momento. Miró a la vieja con los ojos vivos y brillantes, pero luego reinició su tarea de escarbar con más empeño. Muy pronto, apareció un hueso de pollo entre sus dientes, pulido y brillante, con



Un sentido de responsabilidad universal

* Tenzin Gyatso

Hermanos y hermanas:

Es un honor y un placer estar hoy entre ustedes. Me alegro realmente de ver muchos viejos amigos que han venido de diferentes rincones del mundo y de hacer nuevos amigos, a quienes espero ver en el futuro. Cuando me encuentro con gente de diferentes partes del mundo, siempre recuerdo que somos básicamente semejantes: somos seres humanos. Quizá usamos ropas diferentes, nuestra piel es de distinto color o hablamos distintas lenguas. Eso es superficial. Pero, en esencia somos los mismos seres humanos. Eso es lo que nos vincula, lo que nos permite entendernos y desarrollar amistad y confianza.

Pensando en lo que podía decir hoy, he decidido compartir con ustedes algunos de mis pensamientos sobre los problemas comunes con los que todos nosotros, como miembros de la familia humana, nos enfrentamos. Puesto que todos compartimos este pequeño planeta, tenemos que aprender a vivir en armonía y paz entre nosotros y con la naturaleza. Esto no es solamente un sueño sino una necesidad. Dependemos los unos de los otros en tantas cosas que ya no podemos vivir en comunidades aisladas, ignorando lo que ocurre fuera de ellas. Cuando nos encontramos con dificultades necesitamos ayudarnos los unos a los otros, y debemos compartir la buena fortuna que gozamos. Les hablo solamente como otro ser humano, como un sencillo monje. Si encuentran útil lo que digo, espero que intenten practicarlo.

Hoy también deseo compartir con ustedes mis sentimientos con respecto a la difícil situación y las aspiraciones del pueblo del Tíbet. El Premio Nobel es un premio que ellos bien merecen por su valor e inagotable determinación durante los pasados cuarenta años de ocupación extranjera. Como libre portavoz de mis compatriotas cautivos, hombres y mujeres, siento que es mi deber levantar la voz en su favor. No hablo con un sentimiento de ira u odio contra aquellos que son responsables del inmenso sufrimiento de nuestro pueblo y de la destrucción de nuestra tierra, nuestros hogares y nuestra cultura. Ellos también son seres humanos que luchan por encontrar la felicidad y merecen nuestra compasión. Sólo hablo para informarles de la triste situación de hoy en día de mi país y de las aspiraciones de mi pueblo, porque en nuestra lucha por la libertad, sólo poseemos como única arma la verdad.

La comprensión de que somos básicamente seres humanos semejantes que buscan felicidad e intentan evitar el sufrimiento, es muy útil para desarrollar un sentido de fraternidad, un sentimiento cálido de amor y compasión por los demás. Esto, a su vez, es esencial si queremos sobrevivir en el cada vez más reducido mundo en el que vivimos. Porque si cada uno de nosotros buscamos egoístamente sólo lo que creemos que nos interesa, sin preocuparnos de las necesidades de los demás, acabaremos no sólo haciendo daño a los demás, sino también a nosotros mismos. Este hecho se ha visto claramente a lo largo de este siglo. Sabemos que hacer una guerra nuclear hoy, por ejemplo, sería una forma de suicidio; o que contaminar la atmósfera o

el océano para conseguir un beneficio a corto plazo, sería destruir la base misma de nuestra supervivencia. Puesto que los individuos y las naciones están volviéndose cada vez más interdependientes, no tenemos más remedio que desarrollar lo que yo llamo un sentido de responsabilidad universal.

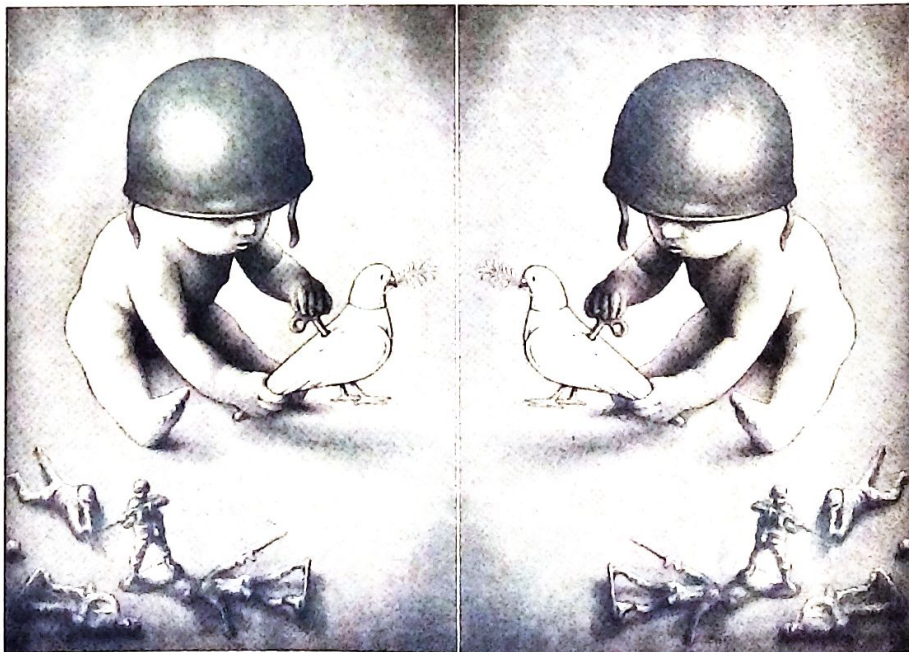
En la actualidad, somos una gran familia mundial. Lo que ocurre en una parte del mundo puede afectarnos a todos. Esto, por supuesto, no es solamente cierto para las cosas negativas, es igualmente válido para los progresos positivos. Gracias a los extraordinarios medios de comunicación tecnológicos, no sólo conocemos lo que ocurre en otra parte, sino que también nos vemos afectados directamente por los acontecimientos de sitios remotos. Nos sentimos tristes cuando hay niños hambrientos en el Este de África. Del mismo modo, nos alegramos cuando una familia se reúne, después de una separación de décadas debida al Muro de Berlín. Cuando ocurre un accidente nuclear a muchos kilómetros de distancia, en otro país, nuestras cosechas y ganado se contaminan y nuestra salud y sustento se ven amenazados. Nuestra propia seguridad aumenta cuando la paz irrumpe entre las facciones que luchan en otros continentes.

Pero la guerra o la paz, la destrucción o la protección de la naturaleza, la violación o el fomento de los derechos humanos y libertades democráticas, la pobreza o bienestar material, la falta de valores espirituales y morales o su existencia y desarrollo y la ruptura o desarrollo del enten-

dimiento humano, no son fenómenos aislados que pueden ser analizados y abordados independientemente. De hecho, están muy relacionados a todos los niveles y necesitan ser tratados con ese entendimiento.

La paz, en el sentido de ausencia de guerra, es de poco valor para alguien que se está muriendo de hambre o de frío. No eliminará el dolor de la tortura infligida a un prisionero de conciencia. Ni tampoco consuela a aquellos que pierden a sus seres queridos en inundaciones causadas por la insensata deforestación de un país vecino. La paz sólo puede durar allí donde los derechos humanos se respetan, donde la gente está alimentada y donde los individuos y las naciones son libres. La verdadera paz con nosotros mismos y con el mundo a nuestro alrededor, sólo se puede lograr a través del desarrollo de la paz mental. Los otros fenómenos mencionados anteriormente están igualmente relacionados. Así, por ejemplo, comprendemos que un medio ambiente limpio, riqueza o democracia tienen poco valor frente a la guerra, especialmente la guerra nuclear, y que el desarrollo material no es suficiente para asegurar la felicidad humana.

El progreso material es por supuesto, importante para el avance humano. En Tíbet dimos muy poca atención al desarrollo económico y tecnológico y actualmente nos damos cuenta de que esto fue una equivocación. Al mismo tiempo, el desarrollo material sin un desarrollo espiritual también puede causar graves problemas. En algunos países se concede demasiada atención a las cosas externas y



Patatas arriba

* Eduardo Galeano



El Miedo Global

Los que trabajan tienen miedo de perder el trabajo.

Los que no trabajan tienen miedo de no encontrar nunca trabajo.

Quien no tiene miedo al hambre, tiene miedo a la comida.

Los automovilistas tienen miedo de caminar y los peatones tienen miedo de ser atropellados.

La democracia tiene miedo de recordar y el lenguaje tiene miedo de decir.

Los civiles tienen miedo a los militares, los militares tienen miedo a la falta de armas. Las armas tienen miedo a la falta de guerras. Es el tiempo del miedo.

Miedo de la mujer a la violencia del hombre y miedo del hombre a la mujer sin miedo.

Miedo a los ladrones, miedo a la policía, miedo a las puertas sin cerraduras, al tiempo sin relojes, al niño sin televisión.

Miedo a la noche sin pastillas para dormir y miedo al día sin pastillas para despertar.

Miedo a la multitud, miedo a la soledad. Miedo a lo que fue y a lo que puede ser. Miedo a morir, miedo a vivir...

La mamá despreciada

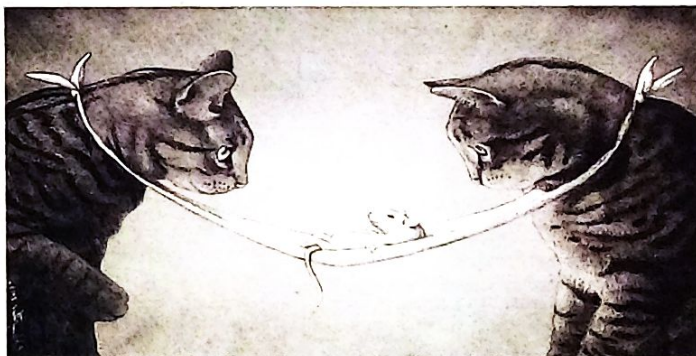
Las obras de arte del África negra, frutos de la creación colectiva, obras de nadie, obras de todos, rara vez se exhiben en pie de igualdad con las obras de los artistas que se consideran dignos de ese nombre. Estos botines del saqueo colonial se encuentran, por excepción, en algunos museos de arte de Europa y Estados Unidos, y también en algunas colecciones privadas, pero su espacio natural está en los museos de antropología. Reducido a la categoría de artesanía o expresión folklórica, el arte africano es digno de atención, entre otras costumbres de los pueblos exóticos.

El mundo llamado occidental, acostumbrado a actuar como acreedor del resto del mundo, no tiene mayor interés en reconocer sus propias deudas. Y, sin embargo, cualquiera que tenga ojos para mirar y admirar, podría muy bien preguntarse: ¿Qué sería del arte del siglo veinte sin el aporte del arte negro? ¿Hubieran sido posibles sin la mamá africana que les dio de mamar, las pinturas y las esculturas más famosas de nuestro tiempo?

En una obra publicada por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, William Rubin y otros estudiosos han hecho un revelador cotejo de imágenes. Página tras página, se documenta la deuda del arte de los pue-

blos llamados primitivos, que es fuente de inspiración o plagio.

Los principales protagonistas de la pintura y de la escultura contemporáneas han sido alimentados por el arte africano, y algunos lo han copiado sin dar ni las gracias. El genio más alto del arte del siglo, Pablo Picasso, trabajó siempre rodeado de máscaras y tapices del África, y ese influjo aparece en las muchas maravillas que dejó. La obra que dio origen al cubismo. Les demoiselles d'Avinyon (las señoritas de la calle de las putas, en Barcelona) brinda uno de los numerosos ejemplos. La cara más célebre del cuadro, la que más rompe la simetría tradicional, es la reproducción exacta de una máscara del



Congo, que representa una cara deformada por la sífilis, expuesta en el Museo Real del África Central en Bélgica.

Algunas cabezas talladas por Amedeo Modigliani son hermanas gemelas de máscaras de Mali y Nigeria.

Las franjas de signos de los tapices tradicionales de Mali sirvieron de modelo a las grafías de Paul Klee. Algunas de las tallas estilizadas del Congo o de Kenia, hechas antes de que Alberto Giacometti naciera, podrían pasar por obras de Alberto Giacometti en cualquier museo, y nadie se daría cuenta. Se podría jugar a las diferencias, y sería muy difícil adivinarlas, entre el óleo de Max Ernst, Cabeza de hombre, y la escultura en madera de Costa de Marfil, Cabeza de un caballero, que pertenece a la colección privada de Nueva York. La luz de luna en una ráfaga de viento, de Alexander Calder, contiene un rostro que es el clon de una máscara lula, del Congo, ubicada en el museo de Seattle.

Enigmas

¿De qué se ríen las calaveras?

¿Quién es el autor de los chistes sin autor? ¿Quién es el viejito que inventa los chistes y los siembra por el mundo? ¿En qué cueva se esconde?

¿Por qué Noé puso mosquitos en el arca?

San Francisco de Asís, ¿amaba también a los mosquitos?

Las estatuas que fultan, ¿son tantas como las estatuas que sobran?

Si la tecnología de la comunicación está cada vez más desarrollada, ¿por qué la gente está cada vez más incomunicada?

¿Por qué a los expertos en comunicación no los entiende ni Dios?

¿Por qué los libros de educación sexual te dejan sin ganas de hacer el amor por varios años?

En las guerras, ¿quién vende las armas?

A la buena de Dios

A fines del 93, asistí a los funerales de una linda escuela-taller, que había funcionado

durante tres años, en Santiago de Chile. Los alumnos de la escuela venían de los suburbios más pobres de la ciudad. Eran muchachos condenados a ser delincuentes, mendigos o putas. La escuela les enseñaba oficios, herrería, carpintería, jardinería, y sobre todo les enseñaba a quererse y a querer lo que hacían. Por primera vez escuchaban decir que ellos valían la pena, y que valía la pena hacer lo que estaban aprendiendo a hacer. La escuela dependía de la financiación extranjera. Cuando se acabó la plata, los maestros recurrieron al estado. Fueron al ministerio, y nada. Fueron a la alcaldía, y el alcalde aconsejó:

—Convértanse en empresa.

Eduardo Galeano. Uruguay, 1940-2015.

Uno de los más destacados escritores de la literatura latinoamericana

Eduardo Galeano. Uruguay, 1940-2015. Uno de los más destacados escritores de la literatura latinoamericana

Gabriel García Márquez, hombre de la esquina vedada

* Fernando Ampuero

Estaba con una cara de pleno aburrimiento. Cara de circunstancias, de congresista fogueado. Sin indicios de desesperación ni sombras trágicas. Repantigado en su asiento, cambiando de posición cada cinco minutos, rascándose una oreja o bebiendo a pequeños sorbos un vaso de agua, Gabriel García Márquez oía hora tras hora a incontables oradores en el Palacio de las Convenciones de La Habana. Era el tercer día de un congreso que reunía a importantes políticos y economistas del mundo. Se hablaba de la deuda externa: ¿la pagamos o no? Un tema, sin lugar a dudas, interesante. Pero después de casi veinte horas dándole a lo mismo, y teniendo en perspectiva otros cinco días de discursos, las bellas playas de Varadero, a una hora y pico de camino, se imponían como una firme tentación. Entre los sudamericanos, al menos, recababa la incesante llamada del Caribe.

El autor de *Cien años de soledad* se hallaba sentado al lado de Fidel Castro en la tribuna de honor. ¿Sería posible obtener una entrevista? Todos buscábamos la exclusiva. Todos (es decir, Gilberto Hume, camarógrafo de Canal 9, yo y unos 700 periodistas). Intentar el conducto regular era inconveniente. Peritos en tales lides vaticinaban, como mínimo, una espera de tres años; intentar abordarlo, menos aún. Un cordón de agentes de seguridad bloqueaba el paso. Sin embargo, intuimos una vía. De vez en cuando García Márquez echaba miradas a la galería destinada a la prensa extranjera.

Nuestro asedio se inició con una maniobra aparentemente inofensiva. Entregué un papelito a un agente de seguridad para que se lo alcance a García Márquez. En este había escrito mi nombre, describía los colores de mi camisa y pantalón, mi ubicación en la galería, y solicitaba la entrevista. El papelito tuvo un despegue impecable y pasó ágilmente por cuatro o cinco manos de agentes, pero de pronto se atracó. Un miembro de protocolo lo leyó, meneó la cabeza y se lo guardó en un bolsillo. Fue un fracaso carente de dramatismo.

En nuestro segundo envío las cosas salieron mejor. El papelito iba cerrado, y nos atrevimos a escribir por fuera "Para el compañero García Márquez. Mensaje urgente", confiando en que la palabra "compañero" le diera cierto tono oficial. A pesar de su lento despegue y su marcha laboriosa, logramos una honrosa posición, pues salimos de carrera (merced a otro miembro de protocolo) bastante cerca de nuestro objetivo, apenas a cinco metros del novelista.

Con mayor empeño, con entusiasmo, un tercer papelito, alzó vuelo. Avanzó a media

altura, renunciando a la vanidad de las acrobacias, remontando a varios agentes, escapando al radar de un distraído miembro de protocolo. E inexplicablemente cayó en manos de un burócrata de la tribuna de honor. Esta vez el azar nos favoreció. El burócrata se sorprendió, lo tomó como una confusión e hizo circular el papelito por una nueva ruta, la misma tribuna. Por fin García Márquez leyó nuestro mensaje y, no bien se volvió hacia la galería de prensa, ya me encontraba yo de pie haciéndole adiósitos. Para desconcierto de algunos colegas italianos y franceses, me tuvo casi un minuto en ese plan, mirándome y sin darme respuesta. ¿Sería miope?

No voy a detallar el abatimiento y la desazón de aquel momento. Deben imaginar, eso sí, que el alivio tardó en llegar. Se precisaron dos días con sendos daiquiris y mojitos, noches de cabaret y langostas a los trece minutos. (La hospitalidad cubana, para los invitados, es irreprochable.) Y digamos, en fin, que nos restablecimos. La esperanza asomó con empujón luz.

Reanudamos el asedio faltando dos días para concluir el congreso. Pero, ahora, todo había cambiado. En nosotros inesperadamente obraba una magia, un buen espíritu. Nos estimulaba, no la experiencia o la suerte cómplice, sino una certidumbre. Ese iba a ser el día. Lo sabíamos; era algo que se oía en el aire, que se veía en la multitud sometida a la etiqueta de la guayabera. Los vientos benévolos hicieron que el papelito arribara en el primer intento. El mensaje era distinto: "Estoy harto de discursos económicos y de la deuda externa", le decía. "¿Por qué no hablamos de literatura? Soy el mismo de la vez pasada". Y consignaba nuevamente mis señas y emplazamiento en la galería.

García Márquez abolió su cara de infinito aburrimiento, asintió varias veces con la cabeza, sonrió. En breve, sí, ensayaría una vez más el principio socrático: ¿qué significa vivir con una pregunta por delante? A lo mejor significa eso, ¿no? Vivir.

¿Qué noticias me trae del olimpo?

¿Del olimpo? Hmm... usted comienza bien. Pero no le entiendo.

¿Acaso no reconoce su gloria literaria? Es una gloria por partida doble: ha sido galardonado con el Premio Nobel y es además un autor popular. ¿Qué le pasa a un escritor en su situación? ¿Qué cambia en el nivel de sus ilusiones?

No ocurre mucho en ese sentido. Usted, creo, me habla de mi imagen, o de la imagen que tengo de mí mismo como escritor. Y cuando yo enfrente una nueva obra no estoy pensando en eso. Pienso, en cambio, en mi proyecto literario, un proyecto que tengo desde que decidí ser escritor y que espero poder cumplir antes de mi muerte; pienso en seguir escribiendo y en procurar siempre que el libro que ahora escribo sea de alguna manera mejor al anterior. Esto es algo que vengo cumpliendo con un gran rigor, una gran disciplina y mucha suerte.

Aunque desde otro punto de vista, por supuesto, tengo presente mi imagen pública; es más, resulta inevitable: mi fama me obliga a veces al extremo de llevar una vida clandestina. Ahora mismo, en vez de estar subido en esa tribuna, de donde me acaba de sacar, lo que quisiera es confundirme con todo el mundo. No es posible; yo me bajo dos metros e inmediatamente vienen los que se quieren tomar las fotos, los que solicitan entrevistas, los que piden autógrafos. Eso es una desgracia...

¿Cómo defiende su tiempo?

Con un estupendo sistema, que requiere paciencia y simpatía; con Mercedes. Estoy casado con una mujer que hace el inmenso sacrificio de pasarse el día contestando el teléfono y manejándolo todo. Yo me despierto en la mañana y ella me lee la lista de actividades del día. Ahora bien, entre las seis de la mañana y las tres de la tarde, no atiendo absolutamente nada; ningún compromiso, sin excepción. A esas horas escribo. Entonces mi carrera literaria va bien, mi imagen pública va bien, lo que quiere decir que a mí me va

muy mal, en vista que se limita cada vez más mi vida privada. Le cuento una anécdota. Un día le pregunté a Fidel Castro qué era lo que más quería en la vida, y me contestó: "Chico, lo que yo más quisiera en la vida es poder pararme en una esquina". Creo que Fidel fue verdaderamente sincero. Y a mí me dejó perplejo, porque eso es exactamente lo que yo quisiera: poder pararme en una esquina. No puedo. Lo que sí puedo es ponerme a escribir con tranquilidad; ahora acabo de terminar una novela.

¿Es la novela de amor que se comenta en las gacetas?

Sí, la novela de amor. Se llamará *El amor en los tiempos del cólera*. Yo esperaba que fuera una novela de cuatrocientas páginas, pero salieron quinientas cuarenta; así que me puse a leerla, intentando quitarle por lo menos unas cuarenta, y ya va en seiscientas.

¿Tiene esta novela, como las otras, un fondo autobiográfico?

El factor autobiográfico, en todo novelista, es insoslayable. Uno siempre está contando su vida, las cosas que le pasan. Pero sucede, y eso se advierte más en los escritores, que los hombres tenemos una personalidad dividida. Figuran aspectos masculinos y femeninos, bondadosos y malvados, valientes y cobardes, y todo asoma en los personajes. Cada personaje tiene algo, un contorno o un destello, de eso que es lo único que cabalmente podemos conocer: nosotros mismos. Quien diga que conoce al ser humano no está diciendo la verdad o se equivoca. Apenas es posible conocerse a uno mismo y eso todavía es difícil.

¿Se conoce más a sí mismo después de cada novela?

Estoy seguro que sí.

¿Qué conoce, por ejemplo, de su forma de trabajar? ¿Cómo se da en usted el proceso creativo?

Es largo de explicar, ¿eh?

Siga, por favor.

Bueno, la experiencia que yo tengo me dice que, desde un principio, ha ocurrido conmigo siempre lo mismo. Lo primero que se me viene es una imagen, concibo la creación a partir de una imagen. Yo recuerdo que *Cien años de soledad* fue durante muchísimos años el viejo que lleva al niño a conocer el hielo; era lo único que tenía. Y alrededor de eso construí toda la novela. Igual se dio con *El otoño del patriarca*: la imagen que me persiguió fue la de un dictador muy viejo, ni siquiera un dictador, sólo un hombre muy viejo perdido en un inmenso palacio lleno de vacas. A mí se me vienen muchas de estas imágenes todas las semanas y todos los meses; pero yo no las anoto ni las desecho, las dejo estar. Aquellas que persisten a lo largo del tiempo —todas mis novelas proceden de una imagen de veinte años atrás—, aquellas que revolotean, aquellas que me asedian, acaban llamando mi atención, y de pronto me digo oye, cuidado, ésta y esta

(Pasa a la Pág. 9)



otra son ya muy obstinadas. Entonces, las pongo aparte. Y sigo pensando, o bien trabajando en mis cosas, hasta que se me meten tanto en la casa que ya no me dejan vivir; de manera que la única forma de sacármelas de encima es pescar una y decirle oye, ven acá, voy a trabajar contigo.

Toda una batalla, ¿no?

Eso es. Pero ahí nomás empieza otra; una segunda etapa, también bastante larga, que consiste en pensar en términos estructurales, en capítulos. Es decir, echa a andar el proceso de armado en la cabeza, en torno a la imagen, donde se va desarrollando la historia completa, cosa que además incluye el tono y el estilo; un proceso que dura mucho, pues yo debo hallarme en condiciones de contarla como si la hubiera leído; y no bien eso ocurre, entonces me siento a escribir, ¿me entiende? Ahora bien, en el momento en que me siento a escribir, ya me llevó el diablo y yo no me puedo soltar ni ella se puede soltar de mí y la trabajo ocho horas diarias hasta que la termino. E incluso, cuando la termino, aún no sé bien, no estoy muy seguro de si las cosas salieron realmente como las pensé. Por eso suelo llamar a unos pocos amigos a los que les entrego los borradores y con los cuales discuto. Ellos me dan ciertas ideas, yo les oigo o no, según mi criterio. Al fin y al cabo, uno está completamente solo durante este proceso; no hay oficio más solitario que la creación literaria.

Yo le voy a formular una pregunta que también revolotea en mi torno hace varios años y que acostumbro hacerla bastante a menudo. Me refiero a esa religión menor, las supersticiones. He pensado siempre que conocer las supersticiones de las personas nos permite ver con más claridad su espíritu. Usted ha confesado tener supersticiones, pero nunca le he oído decir si las tiene respecto a su trabajo literario.

¡Cómo no! Cuando yo escribo es cuando más me guío por los presagios. Mi principal superstición, en ese terreno, es que yo jamás hablo de una novela que estoy escribiendo, a

menos que esté completamente seguro de que la tengo. Estoy convencido que si lo hago, la novela se pavea...

¿Y eso qué es? ¿Qué significa el paveo?

Es una vieja superstición, típica de Venezuela, y consiste en considerar todo lo feo como señal de mala suerte. Se dice que una cosa trae la pava o tiene la pava. Y luego la idea ofrece otras variantes. A mí me parece que la novela que se cuenta antes de escribirla se estropea. Claro que yo tengo formas de defenderme de esa superstición, de la pava. Una de las mejores, que me ayuda mucho en mi trabajo y funciona casi como un conjuro, es hablar de otra novela que le cuento a mis amigos y que en realidad no escribo, pero digo que esa es la que estoy escribiendo. Yo tengo un amigo, un excelente escritor y un hombre de una gran imaginación, que participa de este conjuro. Como todo el mundo sabe que es mi íntimo amigo, lo acosan a preguntas, porque se supone que debe estar enterado, y yo, para que no pierda ese prestigio, le cuento la novela falsa. Pero ocurre que mi amigo la va mejorando, añade situaciones y personajes, y de ahí salen cosas maravillosas. Varias veces me he encontrado con gente a quienes él ha contado esta novela y que me han dejado atónito. A tal punto, que yo digo, cuando termine mi novela voy a escribir la otra. En fin, no poseo un catálogo de supersticiones; diría más bien que poseo un instinto de superstición.

¿Me está diciendo que también se inventa supersticiones?

Hay varias supersticiones que invento, pero las invento con sus conjuros; supersticiones y conjuros, en mi caso, siempre van juntos. Y además, están las otras, las que ya estaban inventadas, aunque no son las comunes y corrientes. Rara vez me afecta, por mencionar las más conocidas, pasar por debajo de una escalera, o el número trece o los gatos negros. Todas esas cosas, por lo general, son importaciones norteamericanas.

¿Sus supersticiones son sólo de origen caribeño?

Casi siempre.

¿Y de dónde sacó eso de que hacer el amor con las medias puestas trae mala suerte?

Viene de la pava. Porque hacer el amor con las medias puestas es de mal gusto, es feo, y eso trae mala suerte. Pero ya que estamos en ese punto le digo otra cosa también importante: nunca se debe fumar desnudo y caminando. Todo el mundo sabe, o todos los que fuman saben, que fumar después de hacer el amor, echado en la cama, es muy bueno; pero fumar desnudo y caminando es terrible.

Algunos críticos juzgan que Cien años de soledad es su mejor novela; otros, opinan que es El coronel no tiene quien le escriba o Crónica de una muerte anunciada. A mí, como lector, Crónica... me parece la novela perfecta. ¿Qué piensa usted?

¡Vamos a ver! Usted ha pronunciado la palabra "perfecta". Y si ponemos las cosas en ese nivel, yo pienso que la novela que más se acerca a la perfección es *Crónica de una muerte anunciada*. Estamos de acuerdo. Sin embargo, no sé hasta qué punto es mérito mío. Esa novela la hizo la realidad, es un hecho real; de manera que todo el mérito, desde mi punto de vista, estriba en la estructura que yo logré aplicar. Pero si ponemos las cosas en otros términos, la ficción total o, si se quiere, la novela donde yo conseguí hacer exactamente lo que quería, me gusta más *El coronel no tiene quien le escriba*. Respecto a *Cien años de soledad* creo que es una novela muy imperfecta; pero, a decir verdad, no sé si lo que digo tiene validez. Conozco muy mal esa novela, pues no la he leído nunca. Quiero decir que, una vez impresa, la leí una sola vez, cuando me mandaron las tiras para corregir y después no la he vuelto a leer, tal vez porque, en primer lugar, sentí temor de que no me guste, y en segundo lugar, por temor a que se me ocurra cambiar las cosas. Yo pienso que a un libro publicado no se le debe cambiar absolutamente nada. Esto me lo impuse como norma y lo he cumplido y así debe ser. Si uno decide cambiar, nunca

acaba, sigue toda la vida con ese libro.

Cuando escribe, ¿corrige mucho?

Muchísimo. Mire, yo tengo un dato estadístico que ilustra mi forma de corregir. Para escribir uno de mis cuentos, un cuento de doce páginas, necesité quinientas cuartillas. Es un buen promedio, ¿no cree? Y es que el problema está en que donde sea que yo cometa un error, rompo el papel y empiezo otra vez. Y eso involucra hasta los errores de mecanografía. Tengo el maldito vicio de considerar los errores mecanográficos como errores de creación, y eso se ha ido acentuando con el tiempo; no acepto la página con borrones, no me satisface. Más tarde, claro, cuando ya está el libro terminado, trabajo con otro criterio y entonces... ¡Es que es muy difícil escribir! Quienes no escriben, o los escritores que no se toman en serio su oficio, no saben lo complejo y solitario que es escribir.

¿Lo ve, en algunos momentos, como una tortura? ¿Se angustia mientras escribe?

Ah, no; es difícil, pero no me angustia. La angustia de la escritura ya me la quité. No hay nada mejor para mí en este mundo que estar sentado inventando otro mundo; no hay nada que me guste más. De todos modos, el cuerpo no llega a acostumbrarse; el cuerpo siempre está protestando por el mal trato que uno le da cuando se escribe...

¿Fuma mucho?

No. Dejé de fumar hace bastante tiempo.

William Faulkner, cuando se disponía a escribir, necesitaba tener al lado del papel y la máquina, una botella de whisky.

Pues yo necesito todo lo contrario. Mi problema es que yo preciso un régimen de boxeador para escribir, me preparo como un deportista. En las temporadas de escritura intensa, no traspaso, no como nada que pueda hacerme daño, hago bicicleta todas las mañanas y llevo una vida completamente sana. Y esto no es sólo para evitar el cansancio que supone sentarse una cantidad de horas a escribir. Eso importa, ya le dije, pero ocurre además que cuando uno está escribiendo necesita tener todos los días el mismo humor, porque a la hora en que se cambia de humor, cambia la novela, se modifica mi actitud frente a los personajes y se termina cambiando la conducta de los personajes. Es, decir, se desequilibra la novela. Entonces, si uno desea que esta sea una línea perfecta, debe hacer lo posible por mantener a diario el mismo humor.

¿Qué es lo que usted nunca haría como escritor?

Lo peor, para un escritor, es dejar de escribir. Eso no lo haría.

Fernando Ampuero (1949).
Escritor y periodista peruano.



Mario Lara López

Mario Lara López. Cochabamba, 1927. Abogado, poeta, narrador y ensayista. Sobrino de Jesús Lara. Fue parte de la Segunda Generación de Gesta Bárbara y de la Unión Nacional de Poetas y Escritores de Cochabamba. Ha publicado los poemarios *Amanecer del canto* (1966); *Voces fraternales* (1979) y *Hotel Canadá 50 Círculos* (1995), entre otros.



Biografía de mi muerte cotidiana

Preciso revivir mi muerte lenta,
la que me sepultó entre abecedarios
y que asomando en manos impacientes
así por las alas golondrinas,
cual abeja perdíase en los pétalos,
¿de qué vida interior, de qué rellano
que ahogó su alfarería de recuerdos?

Mi muerte ante un espejo de neblina:
lámpara que se extingue en lontananza,
aferrándose al tiempo, prolongando
un tanto la agonía, la evidencia
de ataúdes en los ojos, sumergidos
en llamaradas tiernas, en adioses,
más allá de la arcilla, al otro lado
de la luna tronchándose en los labios
que pugnan como náufragos tratando
de aflorar en silencio el postrer beso.

Después palpar dónde he caído,
en qué surco mis huesos ataviándose
de sueños que no entraron por la puerta
de lo que fuera entonces biografía
del amor, mi más férreo carcelero.

Y partir, renovarme en los duraznos,
habitándome presto de jilgueros
para tatuarlos súbitos, frondosos,
en los floridos labios del verano;
entrar en la canción, en la cosecha,
en el amanecer de mi existencia.

Preciso revivir mi muerte lenta,
esta de cada día que transito,
saliendo de las cáscaras de nueces
que viven los ataúdes de mis ojos,
y en la noche cerrarlos nuevamente.

Rumbo al amanecer

Oh, Baudelaire, a veces, en mis venas
surge en licor amargo un barco ebrio
y el rostro de Rimbaud me mira insomne.

Las playas resucitan su nostalgia
y hundo mi corazón en las arenas
—en afiebrado adiós— y el barco parte.

Las olas en tizón vuelven errantes
y el amor que zozobra desmorona
como un saco de cal volcado en vilo,
su más pura osamenta de azucenas.

Escríbeme en el pecho el viento un canto,
un mensaje de tierras fraternales
y el vino se me frustra, el tiempo quema
—navegante en mi frente— sus corales.

Guitarras encendidas me calcinan,
sumérgense en mis huesos y quebrantan
con recuerdos mis brazos desmedidos.

Caminante en la noche, miro el alba.
¡Qué lejanas sus fraguas, cómo me arde
mi ropaje de sueños inconclusos!

¡Rimbaud, ya amaneciste en el futuro,
y vuelves en vocales de rocío!
Baudelaire, el amor esculpe risas
y en felina actitud hinca sus besos
en lo más dulce y tierno de la arcilla
que vive y que conmueve nuestra sangre.

¡Rimbaud, fosforescencia en mi camino,
tus abejas me alejan de las sombras!

Baudelaire, la amargura en mis viñedos
se agostará y el día en sus retoños
¡repartirá racimos de alegría!

Vuelvo a mí, porvenir, brasas de dalias
serán itinerario de mis brújulas.
Y el hombre, en su grandeza, me señala
mi lugar en la lucha cotidiana.

Nidos de las golondrinas

De las frágiles torres de tus senos
me llegan golondrinas.
Cada una como brisa que no palpo
Ensanchando las alas se me pierde.
Y en campanas trocadas de nostalgia
¡se repite mi pecho malherido!

Frágiles golondrinas que se posan
un instante en mis ojos y aprisionan
mi sangre que las sigue, que quisiera
volar mi corazón, tornarlo en trino
y acechanza sin término.

Las torres de tus senos con lenguaje
de imantadas laderas que, de pronto,
incitan mis jaguares y palomas
que parten sus caricias de mis manos,
sin tocar, sin poblar
de cielos ignorados,
de huellas en que habrías de vivirme.

Qué primavera en cúpulas aladas
que sin partir se sustentan. Qué recónditos
veneros que arracimanse en dos fuegos,
capullos juveniles que se doran.
¡en las fraguas sin fondo de mis ojos!

En brisa y esquivez tu geografía

Eras el valle en brisa de cuclillos,
choclo recién abierto a mi alegría.

En el wayñu, en mi sangre te sentía.
Más allá de mi sangre me mirabas;
pero con tu sonrisa me perdía
no en el trigal ni en el bosque de eucaliptos:
febrilmente detrás de las achiras:
¡labios que yo besaba desde siempre!

"Zagala", te nombraba, y en mis sueños
tenías en mis ramas y tu arrullo
cercábame, y me hería, y cuando estaba
a punto de estallar —ramo de maywas—
mi ansiedad harlo tiempo insatisfecha,
apagábase el tiempo y me dejabas.

"Zagala", ¿en dónde estás? Entro en la aurora.
Vuelvo con la amancaya de tus años.
"Ya vendrá", dice el río. Abro mi pecho.
Adiós mi soledad. Algo en la esquila
parece repetirme que estás cerca.

Es tan sólo la brisa que se ausenta.

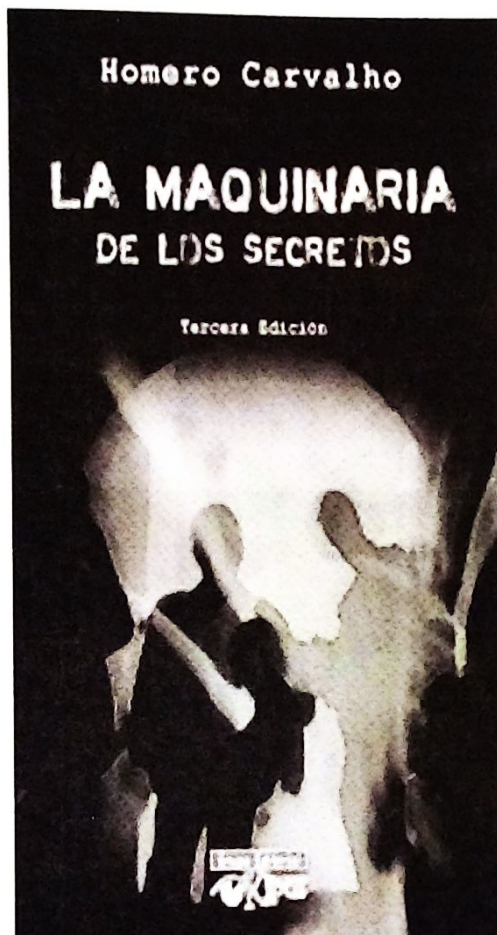
En "Amanecer del canto", un fuerte y concentrado lirismo discurre por los cauces de la muerte, del amor y de la esperanza. Su autor no cae, empero, en la pendiente de la imagen repetida ni calidoscópica. Sobre los planos emocionales en que Mario Lara López vuelca las motivaciones de su obra, la palabra adquiere una pluralidad de matices entre el gris ceniciento de la tristeza. La sombra del amigo muerto y el humus invisible de su ausencia, amasaron la arcilla de esa lámpara encendida en el afán de ganar, con sus reflejos, nuevas parcelas en el incommensurable territorio de las sombras. (Eduardo Ocampo Moscoso)

Los entresijos del control secreto en la novela de Homero Carvalho

Homero Carvalho ganó el Premio Nacional de Novela 2008, con "La maquinaria de los secretos", una novela que devela los oscuros entresijos del servicio secreto en Bolivia, cuyos personajes reales son entrenados en EE.UU., en Cuba o Venezuela, según la tendencia ideológica del gobierno de turno.

Homero Carvalho nos presenta varias piezas de esa poderosa maquinaria, moldeadas cada una de ellas según las necesidades y requerimientos de "La consultora", disfraz de un organismo misterioso: María de las Mercedes, "espía de escritorio" con conocimientos de los clásicos de la literatura; Leandro, especialista en crear ambientes y trabajar encubierta; Kevin, el más joven, especialista en pandillas y universitarios. Zacarías, apodado el palabrero, es analista del lenguaje; capaz de descifrar el origen, procedencia, estamento, profesión e ideología con sólo escuchar o leer un escrito de éste. A medida que vamos conociendo a Zacarías, lo admiramos. Con el progreso de la narración vacilamos entre la sorpresa y el temor; aunque luego nos inclinamos por el respeto a su estatus profesional. Hábil en su oficio, autor subrepticio de actitudes, comportamientos y decires de políticos en ejercicio cree que la investigación puede ser efectiva sin apelar a la tortura física, y, a pocos días de jubilarse, decide filtrar información sobre procedimientos que atentan contra los derechos humanos de los individuos. Entonces nos preguntamos si Zacarías representa la zona iluminada de la institución o quizás la soledad y el peso de los años ha minado su fortaleza y lo convierten en traidor.

De un tiempo a esta parte resulta difícil clasificar la producción literaria de los escritores, ya no están regidos por los cánones clásicos, ahora oscilan entre la novela, la crónica periodística y el ensayo, el mismo Carvalho dijo que "hay gente que después de leerla piensa que es una novela ensayo. Otros, que nunca se había escrito una novela tan cruda; en fin, la novela es lo que es". De lo que estamos seguros es de que su "novela" ficciona la horrorosa realidad creada por un fantasma todopoderoso y gana cada vez más lectores ante la evidencia de lo insólito. "La maquinaria de los secretos" es un híbrido



literario que responde a las exigencias del lector de nuestro tiempo. La novela abre las ventanas de un lugar insospechado, presente pero oculto a los ojos de habitantes ingenuos que nunca llegan a conocer totalmente al monstruo que mueve los tentáculos con miles de ojos, capaz de introducirse hasta en el personalísimo espacio de la voluntad de los individuos.

El autor alude con brochazos maestros a la historia reciente de golpes de Estado y accionar político, cuestiona métodos y técnicas utilizados en el control político. Político sí, porque no se dirige a cumplimentar la seguridad del colectivo ciudadano, sino a consolidar la estructura de poder de los gobernantes, aunque la población crea lo contrario y, desesperada, exija persecución a delincuentes, soluciones inmediatas a la inseguridad, sumando legalidad a quienes reman en la ilegalidad.

Haydee Nilda Vargas Guerrero.
Escritora

Ministerios del miedo, Homero y la gran maquinaria

La realidad que nos toca vivir es tan intrincada que en ocasiones sólo la invención novelesca, el cabe imaginar, puede dar cuenta eficaz de ella. Y en algunos momentos es la novela negra la que puede dar fe de aquello que nadie quiere contar o aun siendo del dominio público, se atreve a publicar: los secretos a voces y las mentiras que el aplauso o el ejercicio del poder hacen verdades. Si los abusos del poder son cosa de novela policíaca, es otra cosa, son invenciones, monstruos de la imaginación desbocada del escritor.

Pero Homero Carvalho con "La maquinaria de los secretos" no ha escrito una novela policíaca. A ratos el lector puede dudar de si lo que está leyendo es una novela y no un rotundo y vibrante alegato fiscal que pone en la picota a la desvergüenza, el desprecio por los derechos más elementales ejercido por políticos sin escrúpulos que hacen de la burla del ciudadano un oficio y del detentar el poder su único objetivo.

Homero Carvalho se ha atrevido con una realidad laberíntica, convulsa, la realidad boliviana de hoy, indescifrable para un extranjero, como es el caso de quien estas líneas escribe, refiriéndose de manera directa a políticos bolivianos en activo y, sospecho, a personajes que han tenido su participación en las fechorías de las dictaduras por las que pocos han pagado.

La obra de Homero Carvalho es una novela boliviana, sí, por la época, el contexto, los personajes, pero los asuntos de los que en ella trata exceden en mucho las fronteras de Bolivia y su realidad política y cultural, porque habla de una época, la nuestra, en la que en aras de la seguridad y del miedo inducido y cultivado con esmero, los ciudadanos han ido dejando en manos del 'Ministerio del Miedo', su privacidad y una parte de la libertad que podían ejercitar. Y esto no es privativo, ni mucho menos, de Bolivia. Como tampoco lo es la corrupción de lenguaje al servicio del engaño, practicado por los políticos, financieros, comunicadores, empresarios, etc.

El poder incuestionable de los servicios de Inteligencia, antes y sobre todo después del 11-S y del 11-M, es algo que no se pone

en tela de juicio jamás. Sacrosantos. En unos países más que en otros. Las cloacas, las rebabas, los crímenes de Estado, las muertes inexplicables, los sobornos y los hundimientos de políticos, la aparición milagrosa de datos de la vida privada de políticos o escándalos financieros que siempre aparecen en el momento oportuno, no se discuten. Están ahí. Nos facilitan la vida, aunque formen parte de una espesa tela de araña que puede ahogarnos. Y de esto trata "La maquinaria de los secretos", de Homero Carvalho.

Hablar de los servicios de Inteligencia es un riesgo. Primero porque por lo que el mismo Carvalho dice, el público o bien piensa que es algo parecido a los extraterrestres o un asunto novelesco y sólo novelesco, o es cosa que sucede en otra parte, en países totalitarios, nunca en el suyo, en Bolivia, por ejemplo, sí, pero también en la Europa del humanismo y los derechos humanos, donde los dossiers se pagan a precio de oro, y la información es un mercado pujante en el que invertir y hacerse rico.

Y segundo porque puedes pagarlo caro, y esto es cosa de broma hasta que pagas el capricho. El sentido del humor de los políticos suele ser proporcionalmente inverso a su vanidad, y cualquier lector puede darse cuenta de la ambición y el arrojo puesto en juego por Carvalho.

Al margen del vigor cierto de su prosa o de la calidez que Homero Carvalho ha puesto en la construcción de su personaje, ese agente de Inteligencia a punto de jubilarse que ve cómo pasa de ser cazador a ser presa, "La maquinaria de los secretos" es una novela melancólica e inquietante.

Melancólica por los personajes puestos en escena, inquietante por la parte que puede tocarnos en esa comedia. No es fácil defenderse en un tiempo de sociedades que tienden a la protección ciega del autoritarismo y renuncian a espacios de libertad en aras de una seguridad. Lo ya repicado y siempre olvidado. Hasta que violentan tu puerta, son imponderables que suceden a otros.

Miguel Sánchez-Ostiz.
Escritor

BARAJA DE TINTA

La hostilidad de nuestros vecinos

De Gabriel José Moreno a su hijo Gabriel René Moreno

Santa Cruz, 12 de enero de 1864

Mi querido René:

Con suma complacencia contesto tus dos apreciables cartas de 15 y 30 de noviembre que recibí juntas por ese correo. Su carácter expansivo y explícito sobre todas las cuestiones que actualmente agitan a nuestro continente y, especialmente analítico en las que hoy se debaten dos pueblos hermanos que nunca debieran haberse malquistado, y de los cuales uno es nuestra patria, les comunica interés y son además apreciables porque satisfacen el ansia en que vivimos acá en esta región tan apartada. Os doy por ellas muchas gracias, más en estos días he podido satisfacer la curiosidad de mis amigos, ansiosos de conocer el estado de las cosas.

Ojalá pues, el señor Frías haya llegado a obtener su laudable propósito y haga un acuerdo definitivo de límites. Por lo demás, es doloroso ver la crueldad con que la culta Chile, cuya industria se desarrolla prodigiosamente y se presta a la exportación por sus 300 leguas de costa toda poblada y amena, verla disputarnos un centenar de leguas de costa árida y desierta por falta de aguas, a nosotros que no tenemos comunicación con el extranjero que nos ahogamos de sofocación y mortal asfixia [...]

El Perú nos hostiliza, el Brasil nos niega el río de que somos ribereños y cuyas aguas aumentamos con las nuestras, lo mismo ya comienzan a decir que lo pretende el Paraguay, lo pretende también Argentina disputándonos Tarija que nos facilitaría nuestro acceso al Bermejo; hoy Chile nos arrebató nuestra ventana al Pacífico, ¿qué quieren pues? ¿que nos hagamos militares, que abandonemos la aspiración a las glorias de la agricultura, de las artes y del comercio exterior y que nos contraigamos a las solas glorias militares? ¿que nos militaricemos tanto que nos hagamos temibles para vivir? Pero sepan ellos que a nuestro lado tampoco vivirán muy tranquilos. A un pueblo no se lo puede perseguir tanto.

Volviendo a lo formal, dudo que persistas en tus precedentes convicciones después de lo escrito por el señor Santibáñez. Amunátegui se contradice con los princi-

pios a que se había atendido antes en la cuestión sobre la Patagonia, y se hace ridículo como ya lo fue el señor Varas cuando acuden a sus vergonzosos argumentos de redacción gramatical. Eso después de las otras palabras a que recurre como hasta y otras encontradas en Constituciones chilenas y leyes de Indias que harían abochornar al más vulgar estudiante.

Pero me dices que se abre en Chile una época de justicia que no debiéramos contradecir irritando los ánimos así dispuestos con nuestra vecindad periodística, así lo deseo yo también porque es menester proteger aquella laudable intención. Ojalá el señor Frías baste para arreglarlo todo.

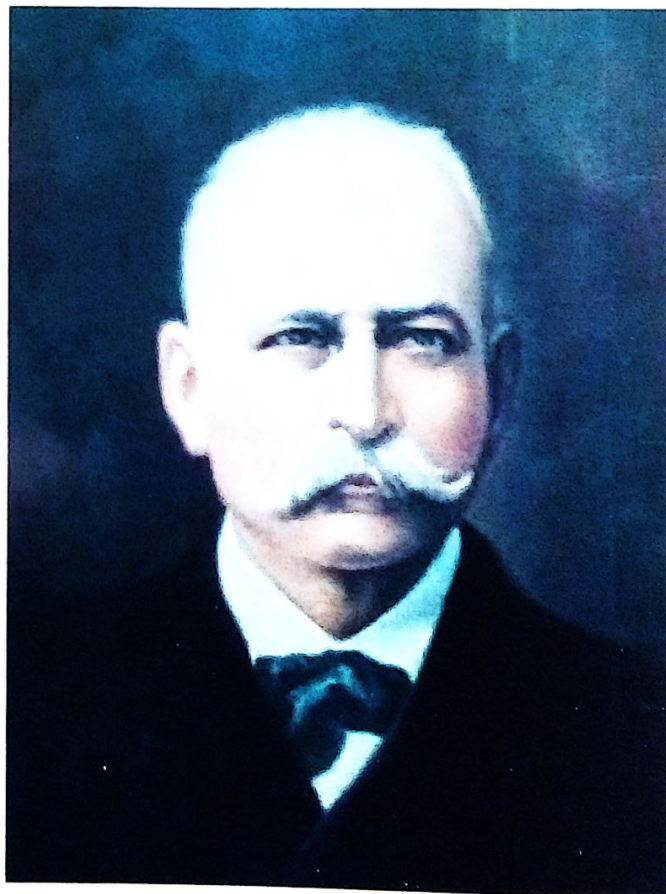
¡Gran noticia! Ya tenemos prensa en Santa Cruz. Os va el N° 1 de la "Estrella del Oriente". Mucho erraremos el principio, porque, ¿qué pueblo no ha errado también? Sin hábitos para escribir en público, tal vez con exageradas pretensiones de los articulistas. Pero ya viene la generación que está a la puerta para entrar a la escena: ella adoctrinada por nuestras mismas vaciedades, escribirá mejor y en Santa Cruz ya podrá en adelante formularse ese poder que aún no conoce por acá la opinión. Ella nos irá corrigiendo y mejoraremos a la Estrella.

A mí me señaló profesor Tristán Roca para encabezar la pléyade de flamantes escritores que ha emprendido la tarea. Yo me he confesado sin capacidad porque carezco de hábitos, de pretensiones que es lo peor, y nada juzgo que sea digno del público. Habiendo aprendido lo que estudié sin método ni sistema,

mis producciones se resentirán siempre de esa falta. Mi cabeza pudiera compararse a un lúcido cajón de retazos de un buen sastre... Ya es llegado el caso de haceros a vos mis confesiones porque ya os hallas en estado de juzgarme y me avergonzaría mucho si llegara a creer que mi hijo se riera o censurase mis pretensiones que él reputase sin mérito ni base sólida.

Clemencia, con Ponce y su chico, están buenos. Yo también de salud, y hoy me alegré porque se aproxima el día de tu regreso. Ya habrás visto las ideas lúgubres que se me escaparon a este propósito en una de mis anteriores que ya habrás leído. Tu tierno y afectuoso padre.

Gabriel José Moreno.



Gabriel René Moreno

Del libro *Gabriel René Moreno Íntimo*, Editor, José Luis Roca, La Paz, 1986.

Carta que muestra la versación en política internacional del padre de Moreno así como su vehemente patriotismo. Aquí puede verse también el respeto intelectual que sentía por su joven hijo. (Comentario de José Luis Roca).

Fuente: Cartas para comprender la historia de Bolivia, compilado por Mariano Baptista Gumucio. Auspicio: Fundación Cultural ZOFRO.